

# La institución de “el método en etnografía”

Detalle de ornamentos tribales de Papúa Nueva Guinea,  
fotografía de Angelo Chiacchio, 2018.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 4, núm. 2, marzo - junio 2023

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2023.4.2>



Esta obra está bajo una licencia  
Creative Commons Atribución-NoComercial-  
CompartirIgual 4.0 Internacional

## *The institution of “the ethnography method”*

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2023.4.2.266>

**ID** Noelia Soledad Lopez

Centro de Investigaciones Sociales-Instituto  
de Desarrollo Económico y Social (CIS-IDES) /  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas  
y Técnicas (Conicet). Argentina

*A Luana Ferroni por las conversaciones sobre estas ideas  
y compartir la pasión etnográfica.*

## Una introducción actual para una creación centenaria

Un colega me invitó a participar de la conversación que se llevó a cabo en el marco del centenario del nacimiento de Castoriadis, tendiéndome un puente para ampliar un debate que empezó para mí hace mucho tiempo. Ese debate nació en una Biblioteca Popular de un barrio porteño de la Ciudad de Buenos Aires, entre quienes integrábamos un grupo de estudio ligado a un seminario impartido por Carlos Savransky en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Fue en el año 2002, al cursar ese seminario, que entré en contacto por primera vez con la obra de Cornelius Castoriadis. Me disculparán esta digresión biográfica, pero estoy convencida de que el quehacer de la investigación social no se entiende si no es de manera situada y que eso implica

tener en cuenta un estado del desarrollo de las disciplinas, pero también las trayectorias biográficas de las y los investigadores. Empiezo por lo segundo, para avanzar inmediatamente en lo primero.

En 2016, después de una carrera que siempre me pareció demasiado teórica y de una tesina que movilizaba categorías castoridianas para pensar las experiencias sindicales de los azucareros en una localidad cañera jujeña, decidí empezar a formarme como trabajadora de campo. En las aulas del Instituto de Desarrollo Económico y Social, leí por primera vez a Malinowski de la mano de Rosana Guber; y en Chiapas tuve la primera experiencia de investigación, que me animé a llamar una etnografía, sobre la vida y el trabajo cañero en Tzinil y en Socoltenango. Empecé la maestría en Antropología Social porque tenía la sensación de que carecía de una formación rigurosa para hacer, seriamente, una investigación empírica. Creo que así se vive al interior de muchos de nosotros esa relación entre teoría social e investigación empírica, escindida, pues está escindida al interior de nosotros mismos, otorgando mejores posibilidades de ser pensada cuando eso que llamamos “trabajo interdisciplinario” no nos impide reconocer la especificidad de los aportes de las disciplinas. Me aboco ahora a presentar esta cuestión de manera muy rudimentaria pero eficaz, creo yo, para el tema de esta comunicación.

De esta forma, nos reunimos para hablar de “Castoriadis y los estudios en torno a la subjetividad”. Así titulados parecen armar un territorio variopinto en el que participan diversas disciplinas dentro de lo que hoy llamamos las ciencias sociales. Es algo cada vez más habitual juntarnos en torno a ciertos “objetos de estudio”, y en gran medida eso responde a las formas instituidas en las que se organiza la actividad académica contemporánea. Y es algo cada vez más habitual, también, que muchas y muchos protagonistas de esa actividad recurran al trabajo de campo como si fuera una cuestión exclusivamente metodológica. En este

momento (no siempre fue así), el recurso al trabajo de campo parece validar la investigación de procesos culturales, sociales y políticos de lo más diversos. Personalmente, creo que los estudios en torno a algo así como “la subjetividad”, al tiempo que apuestan a la interdisciplina, pueden estar muy atentos al reconocimiento de las especificidades disciplinarias y de sus propios estilos de pensar, de hacer y representar. Porque ahí está la riqueza de “las sociales”.

En ese sentido, el trabajo de campo etnográfico, el que a mí me gusta hacer y en el que intento formarme y aprender, es un fenómeno histórico de la disciplina antropológica. La centralidad de la tensión entre teoría e investigación se puede apreciar en la diversidad de posiciones que suscita. Eso es algo que me sorprendió desde el principio como una persona no formada en antropología social de manera *sui generis*, pero que encontró en ella un lugar desde el cual hacer, pensar y escribir de una manera que siento más genuina conmigo y con las personas con las que trabajo.

Escuché a un antropólogo norteamericano decir que la etnografía es el don de la antropología a la humanidad; una manera poética de constatar algo que mucho antes leí de antropólogas latinoamericanas como Mariza Peirano y Rosana Guber.

En 2020, durante una charla en plena pandemia, escuché a un antropólogo norteamericano decir que la etnografía es el don de la antropología a la humanidad; una manera poética de constatar algo que mucho antes leí de antropólogas latinoamericanas como Mariza Peirano y Rosana Guber, quienes se posicionaron a favor de la etnografía en un momento en

el que las nuevas tendencias “posmodernas” em- prendían la crítica textual de la autoridad etnográfica. ¿Y qué podía decir yo, comunicadora social y apren- diz de etnógrafa, en un ciclo de conferencias donde se conectan de manera centenaria la figura de Castoria- dis y esta peculiar manera de conocer que inaugura una obra como *Los argonautas del pacífico occidental*? En esta charla intenté argumentar, retomando a mis maestros, por qué la etnografía es una experiencia de investigación donde la interlocución teórica se inspi- ra en los datos etnográficos, y de qué manera eso está en relación con lo que Castoriadis llama una actividad *poiética*, es decir, creadora.

Es en virtud de esta situada digresión que creo que la etnografía se presta para pensarse muy bien como una institución castoridiana. Es decir, como la fun- dación de una manera situada de conocer que le da un lugar especial a la relación entre teoría y práctica: es como consecuencia del trabajo de campo que esa escisión se puede reconocer y vivir de las maneras más productivas. Como dice Mariza Peirano (1995, 41), “la investigación etnográfica es el medio por el que se desarrolla y perfecciona la teoría antropoló- gica cuando desafía los conceptos establecidos por el sentido común”. Es nuestra posición ante la vida (con nuestros conceptos, nuestras maneras y nuestro sentido común) lo que esta práctica de investigación desafía a través de la curiosidad y el empeño en “cap- tar el punto de vista de los nativos”, como escribía Malinowski (1986).

Siendo a la vez un método, una perspectiva y un texto (Guber 2001) la etnografía permite abrir la imagina- ción. Porque, como dice Mariza Peirano, hacer trabajo de campo etnográfico altera la totalidad de la perso- nalidad del etnógrafo, inaugurando en su interior una fecunda interlocución entre teorías propias y nativas (Peirano 1995). Es por eso por lo que una etnogra- fía nunca es, del todo, una cosa propia. A cien años de su aparición, *Los argonautas del pacífico occidental*

se puede pensar como la experiencia de un impacto<sup>1</sup> psíquico y somático, la puesta en perspectiva del in- vestigador y la expresión objetivada en un texto de lo que fue la prolongada relación entre el etnógrafo y los nativos (y a través de ellos del contacto con todo lo que empapa y orienta la vida de las dos sociedades que ellos encarnan). Ahora sí, después de esta breve digresión contemporánea y para entender por qué, nos podemos poner centenarios.

## “Imagínese”

Corría el año 1922. Apenas había pasado la Gran Gue- rra y mientras nacía Cornelius Castoriadis en Cons- tantinopla, Malinowski publicaba en Londres *Los argonautas del pacífico occidental*. Es curioso que la guerra haya sido el centenario contexto de situación que marcó las trayectorias de los dos autores que hoy se articulan a través de esta comunicación.

En el tercer apartado de la introducción a *Los argo- nautas del pacífico occidental* se puede leer: “Imagí- nese que de repente está en tierra, rodeado de todos sus pertrechos, solo en una playa tropical cerca de un poblado indígena, mientras ve alejarse hasta desapa- recer la lancha que le ha llevado” (Malinowski 1986, 22). Nuestro autor ya presentó en el primer aparta- do “El Kula”, el objeto de su investigación y en el se- gundo, que decidió llamar “El método en etnografía” dejó en claro que, desde ese momento, el trabajo em- pírico y el trabajo teórico coexisten y se dirimen en una misma persona social: la figura del etnógrafo.

<sup>1</sup> Mariza Peirano (1995) retoma las ideas de Evans-Pritchard sobre la metodología como impacto y sobre el papel central de la confrontación de experiencias y sus consecuencias emocionales e intelectuales. En ese impacto radica lo que pone al etnógrafo en perspectiva, porque vive una situación totalmente novedosa y ahí descubre que no sabe nada. Poder instalarse en ese “no saber”, para conocer otras maneras de vivir es el desafío del investigador como principal instrumento de la investigación.

Es el tercer apartado el que empieza con una apelación a la imaginación. Uno se podría preguntar, ¿por qué acá y por qué ahora? Solemos pensar las introducciones como una *captatio benevolente*, como operaciones del lenguaje que se utilizan a menudo para hacer que el lector se ponga en el lugar del etnógrafo. Yo creo que acá es preciso apelar a la imaginación porque es el momento de la exposición de las condiciones que hicieron posible que el etnógrafo produzca ésta (y no otra) etnografía: “el trabajo de campo”. La apelación a la imaginación es un asunto de honradez metodológica, como dice más adelante Malinowski en el mismo texto, o como suele enseñarnos Rosana Guber, de lealtad a la propia experiencia de investigación. Una experiencia tan inédita como singular, que empezó en 1914 y quien la vivió y aprendió, a la vez la registró, la analizó y la expuso en 1922 de manera escrita.

Se me podría objetar, y con razón, que el carácter inédito y singular de una experiencia y de una obra no necesariamente suponen una institución castoridiana. Es más, cuando leemos la primera parte de *La institución imaginaria de la sociedad* hay buenas y profundas páginas dedicadas a una crítica de la visión funcionalista de la cultura según Malinowski. Sobre este aspecto dejo abierto lo que puede ser un residuo no explicado, cosas por seguir pensando, porque se suele plantear que la teoría funcionalista es algo poco sofisticado, centralmente la noción de institución con su pivote en el problema de la función. Habría que profundizar en la manera en que Castoriadis (2007) pensó este problema, desde qué apuestas y por qué pensó al estructuralismo como la forma más acabada del funcionalismo.

Sin embargo, acá quisiera centrarme en que es la dimensión más humana –y humanista si se me permite– lo que conecta a esta obra y lo que ella inaugura (el trabajo de campo como condición que la hace posible) con la categoría castoridiana de institución.

Lo central acá no es la teoría funcionalista de Malinowski, porque la obra funda algo que desborda un sistema de nociones.

Sabemos que es Castoriadis quien le atribuye a Merleau-Ponty la inauguración del problema de la institución, a la luz de su trabajo sobre la obra de Husserl (Castoriadis 1998). La institución, en términos castoridianos, permite pensar como dos polos de la existencia social tanto a la permanencia de lo instituido como a la capacidad instituyente del imaginario radical, esa potencia de formación a causal que es la imaginación en el dominio sociohistórico. En términos merleau-pontianos esto remite al problema de la sedimentación y de la reanudación del sentido. Por eso la sedimentación, en la medida que expresa la capacidad de generalizar experiencias singulares se torna clave para la descripción del modo en que continuidad y discontinuidad se entrelazan en un proceso de institución [*stiftung*].

La idea es que la etnografía como texto, generaliza la experiencia singular del trabajo de campo y que produce, como bien enseñó Peirano, una visión alternativa y más genuina de la universalidad de los conceptos instituidos en la sociedad del etnógrafo. A través de ella, Malinowski (y cito a Peirano) “confrontó las teorías de la época con las ideas que los trobriandeses tenían sobre lo que hacían” (Peirano 1995, 16). Y eso sí fue algo novedoso.

Por eso Malinowski inaugura de hecho y de derecho una manera situada de conocer. La realiza de hecho, efectivamente, cuando frente a una situación totalmente contingente como el estallido de una guerra mundial se aviene a la posibilidad de dedicarse al estudio de una sociedad exótica y alterante en primera persona. Y la inaugura de derecho, porque la legitima como un proceder que es susceptible de ser retomado por otros.



Mi opinión es que no se trata tanto de debatir si *Los argonautas del pacífico occidental* funda o no el trabajo de campo moderno (constatamos que es un hito en los modos en que se narran los propios orígenes de la disciplina); o si abre un haz de reflexiones inéditas para la imaginación de la época permitiendo que otros puedan armar nuevos sistemas teóricos (como Mauss, que retomó el descubrimiento del *kula*, algo que empapa y orienta la totalidad de la vida tribal e intertribal de los trobianeses, para elaborar una teoría general del don). Todo esto contribuye a la idea de que ahí hay una emergencia de algo novedoso, pero no lo agota. Yo creo que su carácter instituyente radica en que lo seguimos leyendo y leyendo y leyendo, y que siempre puede aportarnos cosas que nos resuenan hoy, que son tan parecidas pero diferentes. Imagínese un texto que cada vez que se lee, sorprende. Creo que esa sería una buena manera de presentar en qué radica su novedad.

Hacer trabajo de campo suscita una alteración total de la personalidad del etnógrafo, produce su puesta en perspectiva en virtud de un proceso de conocimiento que, si sucede, es en el fondo gracias a los nativos. Quien investiga puede jugar el papel del analista, pero existen ocasiones en las que el esquema se invierte y quien analiza resulta el analizado por sus interlocutores.

## Una acción a dúo

Mariza Peirano, desde Brasil, propuso a modo de provocación que valía echar mano del psicoanálisis para ayudar a esclarecer ciertos procesos de descubrimiento etnográfico como el de Malinowski. Pensaba

en términos generales en el problema de la transferencia y en todo lo que podría aportar para elucidar ese cimbronazo que suscita la experiencia del trabajo de campo (lo que arriba llamé, de la mano de Evans Pritchard, un impacto).

La etnografía, como Castoriadis (2008) pensaba del psicoanálisis, es una actividad *poiética*, una manera situada de conocer que nace de la relación entre el etnógrafo y los nativos no puede decidir de antemano las teorías y nociones que moviliza. Porque uno nunca sabe a dónde lo va a llevar el trabajo de campo. En ese sentido, al principio no está clara la finalidad de una etnografía, porque nace de una relación en la que no es posible tomar decisiones unilaterales y todo lo que pasa depende en gran medida de las personas con las que un etnógrafo se vincula. Hacer trabajo de campo suscita una alteración total de la personalidad del etnógrafo, produce su puesta en perspectiva en virtud de un proceso de conocimiento que, si sucede, es en el fondo gracias a los nativos. En ese sentido, se puede traer la relación de transferencia como una acción a dúo: quien investiga puede jugar el papel del analista, pero existen ocasiones en las que el esquema se invierte y quien analiza resulta el analizado por sus interlocutores. En esas ocasiones, la versatilidad para lidiar con algo que uno no está preparado para vivir permite hacer descubrimientos. Una etnografía vuelve todo el tiempo a esta relación, mantiene viva esa interlocución incluso después del trabajo de campo; porque ahí puede emerger algo que no estaba. No estaba contenido de antemano ni en la teoría social general de la que un etnógrafo dispone, ni en la vida de las personas y los grupos antes de que llegue para estar ahí. Esa actividad se apoya en estas dos cuestiones, pero lo que emerge de esa relación puede producir algo distinto, algo que ahí no estaba. Una etnografía nace de esa relación, surge en ese “entre”. Y por eso trasciende; por eso tiene la capacidad de ser una experiencia singular que sale de sí y se generaliza, para empezar a ser parte de una historia.

Nuestra conversación arrancó con la pregunta de qué conecta el centenario del nacimiento de Castoriadis con los cien años de una obra como *Los argonautas del pacífico occidental*, y encontramos que varias cosas: los conecta esta trayectoria biográfica de formación en investigación a través de mis maestros; los conecta que nos juntamos para homenajearlos (ya se arman para agosto eventos en todo el mundo por los cien años de *Los argonautas del pacífico occidental*). Y en ese título vemos que hay otra cosa que los conecta, cierta pasión griega si se me permite decirlo de esa manera: los argonautas eran los tripulantes de Argo, la nave que comandada por Jasón buscaba el vellocino de oro en un poema épico de Apolonio de Rodas.

A la obra de Malinowski, quienes hacemos trabajo de campo, la vamos a seguir leyendo y leyendo y leyendo, para seguir encontrando propuestas hacia nuestros desafíos actuales. Yo creo que más que conceptos y categorías que se puedan “aplicar” al análisis de distintas y diversas realidades socio culturales, la apuesta castoridiana nos deja pensar nuestra propia actividad. Intentar pensar lo que hacemos y saber lo que pensamos, es una buena manera de homenajearlo en el cotidiano ejercicio que es hacer investigación social. —

## Referencias

- Castoradis, Cornelius. 1998. “Merleau-Ponty y el peso de la herencia ontológica”, “Imaginación, imaginario y reflexión.” En *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castoradis, Cornelius. 2007. “La institución y lo imaginario: primera aproximación”, “Las significaciones imaginarias sociales”, “La institución histórico-social: legein y teukhein.” En *La institución imaginaria de la sociedad*, tomos I y II. Buenos Aires: Tusquets.
- Castoradis, Cornelius. 2008. “Psicoanálisis y política.” En *El mundo fragmentado*. La Plata: Terramar Ediciones.
- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma. <https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/guber-r-2001-la-etnografia.pdf>
- Malinowski, Bronislaw. 1986. *Los argonautas del pacífico occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Planeta-Agostini. <https://ciroespinoza.files.wordpress.com/2011/12/los-argonautas-del-pacifico-occidental-vol-1-bronislav-malinowski.pdf>
- Peirano, Mariza. 1995. *A favor da etnografía*. Río de Janeiro: Relume-Dumará. [http://www.marizapeirano.com.br/livros/a\\_favor\\_da\\_etnografia.pdf](http://www.marizapeirano.com.br/livros/a_favor_da_etnografia.pdf)